



PARA QUE CONSTE EN SU DÍA

¡Por la cabra montés empujada
pobre piedra, en la cima clavada,
saltando rodó!

¡Del lugar donde el sol la envolvía
al pantano, do no baja el día,
lanzada se vió!

¡Fué decreto del fiero destino!
¡Con la altura y la cabra el camino
gozóse en abrir!

Y la piedra, ¿qué sabe de todo?
¡que está maldecida; que cae en el lodo;
que debe sufrir!

Tú, que cielos y tierra has creado;
Tú, que distes al sol resplandores
y al abismo tinieblas y horrores,
¡Señor! juzgarás.

¡Si la misera piedra ha pecado
al rodar de la espléndida altura,
al pantano de cieno y negrura
do va por instantes hundiéndose más!

*(De los papeles inéditos de McYntosh
jellaludin.)*

¿Amarrece ó anochece
en tu plácido retiro?
Pues suspiras cual suspiro,
si es de noche ó si...

Antes de terminar el verso cayó sobre un
camello joven que estaba durmiendo en el

serai (1), asilo de los tratantes de caballos y de lo más sobresaliente de la granjería del Asia Central; y como estaba muy borracho y la noche era obscurísima, no pudo levantarse hasta que le ayudé.

Así comenzó mi amistad con McYntosh Jellaludin. Cuando un pelafustán entona, estando borracho, el *Canto de la enramada*, es digno de que se cultive su trato.

Al levantarle del lomo del camello, dijo con voz penosa y enredándosele en la lengua las palabras:

—Estoy... un poco... magullado, pero... un traguito en Loggerhead me pondrá bueno. Y... diga usted: ¿ha hablado usted algo con Symonds respecto á las rodilleras de la yegua?

Loggerhead estaba á unas seis mil millas de áspero camino del lugar donde nos hallábamos, (cerca de Mesopotamia, en un sitio donde no se debe pescar y donde cazar furtivamente es imposible) y la cuadra de Symonds se hallaba media milla más allá, pasados los bosques.

Era, en verdad, extraño oír todos aquellos

(1) Posada.—(N. del T.)

nombres tan conocidos, en una noche de Mayo y entre caballos y camellos del sultán de Caravanserai.

En aquel momento pareció que el hombre volvía en sí y desechaba la borrachera. Nos apoyamos en el camello, y señalando á una esquina del *serai*, en la que ardía una lámpara, masculló:

—Vivo allá, y agradecería á usted muchísimo tuviera la bondad de ayudar á mis amotinados pies para que puedan llevarme hasta mi casa porque... estoy... más borracho de lo acostumbrado... Mucho... mucho... fenomenalmente cogido... Pero... ¡no de la cabeza...! ¡Mi cerebro protesta contra...! ¿Cómo... va esto...? La cabeza da vueltas en el... sí... en el muladar... ¡debo decirlo...! pero domina las náuseas...

Le ayudé á salir de entre los grupos de caballos que estaban atados, y en la esquina del cobertizo, frente á los barrios indígenas, se desplomó falto de fuerzas.

—Gracias... mil gracias—farfulló.—¡Oh, luna! ¡oh, estrellitas...! Pensar que un hombre está... así... tan asquerosamente... ¡Maldito brebaje...! Ovidio... en su destierro no le

bebió peor... Pero... ¡bah...! me alegro... ¡Y estaba helado...! ¡Qué lástima! No tengo hielo... Buenas noches... Le presentaría á usted á mi mujer... si yo no estuviera borracho y ella... estuviera civilizada.

Una mujer indígena surgió de la obscuridad y comenzó á llamarle. Me marché.

Aquel hombre era el perdido más interesante que había tenido el gusto de conocer hacía mucho tiempo... Más tarde llegó á ser amigo mío.

Era alto, bien formado, guapo; pero estaba tan espantosamente destruído por la embriaguez, que teniendo sólo treinta y cinco años, según decía, representaba más de cincuenta.

Cuando un hombre empieza á degradarse en la India, si sus amigos no le envían lo más pronto posible á Inglaterra, la caída es horrible.

Y si además abandona sus creencias, como le ocurrió á McYntosh, ya no hay para él redención posible.

En la mayor parte de las grandes ciudades, los indígenas os hablan de dos ó tres *sahibs*, generalmente de las clases inferiores, que se han hecho indios ó musulmanes y viven más

ó menos como tales; pero es muy raro que uno llegue á conocerles.

McYntosh acostumbraba á decir:

—Si por cuestión de estómago llego á cambiar de religión, no trataré de convertirme en un mártir para los misioneros, porque no siento ansias de notoriedad.

Al empezar á tratarnos, me dijo:

—Advierto á usted que no soy un mendigo. No necesito ni el dinero de usted, ni su comida, ni sus trajes de desecho. Soy un animal raro; un borracho que se paga el vino. Si usted quiere, me dará tabaco, porque el de los bazares no me agrada. Eso lo admito por satisfacer este gusto, y tomaré, además, prestados los libros que usted no aprecie mucho, porque es más que probable que les cambie por botellas de los asquerosos licores de este país. En cambio, usted puede participar de la hospitalidad que mi casa está en condiciones de ofrecerle. Aquí hay un canapé en el que pueden sentarse dos, y es posible que de vez en cuando haya algo que comer en aquella cazuela. En cuanto á bebida, desgraciadamente, la encontrará usted en la casa á cualquier hora; y dicho esto, pongo á su

disposición con mucho gusto mi cochitril.

Fuí admitido en la casa, á la vez que lo fué mi buen tabaco; pero sólo los dos.

Desgraciadamente, no puede uno permitirse visitar á tales pelafustanes en el *serai* durante el día. Esto acaso no lo comprendan los amigos que compran caballos; pero es exacto, y por respeto á semejante preocupación no veía á McYntosh hasta después de anochecido. El se rió al notarlo, y exclamó:

—Hace usted muy bien. Cuando yo disfrutaba de posición social, muy superior á la de usted, habría hecho exactamente lo mismo. ¡Santo Dios! En otro tiempo pertencí á la Universidad de Oxford.

Dijo esto como si hablara de que había mandado un regimiento, y su manifestación vino á explicarme la referencia que había hecho antes á las cuadras de Carlos Symonds.

—Usted — siguió diciendo con acentuada lentitud — no ha tenido esta ventaja, pero, en cambio, y á juzgar por las apariencias, no está dominado por la irresistible afición á la bebida; así que, en resumen, creo que es usted el más feliz de los dos. No estoy completamente seguro de ello porque — permítame

que se lo diga, á pesar de estar fumando su excelente tabaco — tiene usted una ignorancia dolorosísima respecto á muchas cosas.

Estábamos sentados en la orilla de la desnuda cama, — allí no había sillas, — viendo á los caballos que tomaban su baño de la noche, mientras la india preparaba la comida.

No me agradaba que me mantuviera patrón tan pelafustán como aquel, pero era entonces su huésped; aunque el pobre diablo no tenía más que una chaqueta de alpaca muy rota y un par de pantalones hechos de lona grosera.

Se quitó la pipa de la boca y con aire reflexivo dijo:

—Bien consideradas las cosas, dudo que sea usted el más feliz de los dos. No me refiero ahora á sus limitadísimos conocimientos clásicos ni á las penas que pueda usted tener, sino á su profunda ignorancia de las cosas que están al alcance de su vista y de su mano: por ejemplo.

Y señalando á una mujer que estaba limpiando una vasija cerca del pozo en el centro de la posada, y haciendo salir el agua de ella con cadenciosos movimientos, añadió:

—Hay mil medios de limpiar las vasijas, mas si usted sabe por qué esa mujer lo hace de ese modo, sabrá lo que el monje español quiso dar á entender cuando dijo:

Ensalzo á la Trinidad
bebiendo mi naranjada
á sorbos, mientras que Arrio
burlado, de un trago acaba.

y otras muchas cosas que ahora se ocultan á la vista de usted... Pero la señora McYntosh está preparando la comida; comamos, pues, al uso de las gentes del país, de las cuales, tampoco sabe usted nada.

La india metía las manos en la fuente lo mismo que nosotros, lo que estaba mal hecho, porque la mujer siempre debe esperar á que el marido acabe de comer. Elogiando esta costumbre, dijo McYntosh:

—Es un prejuicio inglés que no me ha sido posible dominar, pero á pesar de eso, me ama sin que jamás haya yo logrado saber por qué. Me reuní con ella en Jullundur, hace tres años, y desde entonces permanece conmigo. Creo que es una mujer honrada y sé que guisa muy bien.

Al decir esto, comenzó á acariciar la cabeza de la india que no tenía nada de hermosa, mientras ella, arrullaba dulcemente.

Jamás me reveló la posición que había tenido antes de su caída.

Cuando no estaba borracho era un hombre ilustrado y un caballero, pero cuando lo estaba, había en él más de lo primero que de lo segundo.

Tenía por costumbre embriagarse dos días de la semana: en ellos, la mujer no le dejaba solo y disparataba como un loco, hablando en todos los idiomas menos en el suyo.

Un día, comenzó á recitar *Atalanta en Calydon*, y dijo todo el poema desde el principio hasta el fin, llevando el compás con una pata de la cama; pero, durante la mayor parte de sus delirios, hablaba en griego ó en alemán. La cabeza de aquel hombre era un perfecto baturrillo de cosas inútiles.

Un día, cuando la borrachera comenzaba á desvanecerse, me manifestó que yo era el único racional en el infierno á que había descendido: «un Virgilio en las sombras» y que en pago de mi tabaco, antes de morir me daría los materiales para escribir otro infierno

que había de hacerme más grande que Dante.

Después se quedó dormido sobre la manta de un caballo y cuando despertó estaba ya completamente tranquilo.

Entonces, dijo:

—Cuando se llega á los más hondos abismos de la degradación, pequeños incidentes que le habrían atormentado á uno en otros tiempos, no tienen transcendencia alguna. Esta noche pasada, mi alma ha estado entre los dioses; pero á la vez, no podía caberme duda de que mi cuerpo de bestia, se atormentaba aquí abajo en lo inmundo.

—Vamos—repuse—eso quiere decir que ha estado usted abominablemente borracho.

—Sí, estaba borracho; cochinemente borracho. ¡Yo, el hijo de un hombre que... á usted no le importa conocer...! ¡Yo, que fui en otro tiempo pasante de un colegio, cuya bien acondicionada despensa no ha visto usted! Sí, estaba asquerosamente borracho; pero ya ve usted qué ligera es la sensación que esto me ha producido. No tengo nada: menos que nada: ¡ni siquiera siento el dolor de cabeza que me corresponde! ¡En otra esfera más alta ¡qué espantoso hubiera sido mi castigo, qué

amargo mi arrepentimiento! Créame usted, amigo mío; usted, el de la educación descuidada, el más alto es como el más bajo, tomando siempre los grados extremos!

Al decir esto, dió una vuelta bajo la manta, puso la cabeza entre las manos y continuó:

—¡Ah! Por el alma que he perdido y por la conciencia que he matado, le digo á usted que ya no puedo sentir. Soy como los dioses: conozco el bien y el mal, y ni el uno ni el otro me impresionan. ¿Es esto envidiable ó no?

Quando un hombre ha llegado hasta tal punto, su estado forzosamente tiene que ser malo.

Contemplé fijamente á Mc Yntosh, envuelto en la manta, con el cabello sobre los ojos y los labios de un blanco azulado; al fin le dije:

—Esa insensibilidad no es ciertamente una dicha.

—¡Por piedad no diga usted tal cosa! Aseguro á usted que no sólo es buena sino envidiable. ¡Piense usted en los consuelos que tengo!

—¿Tiene usted muchos?

—¡Ya lo creo! Las tendencias de usted

al sarcasmo, arma obligada de los hombres cultos, son indigestas. En primer lugar, mis talentos, mis conocimientos clásicos y literarios, algo borrados quizás por el beber imoderado... Y ahora recuerdo que antes que mi alma volase, en la pasada noche, al seno de los dioses, había empeñado en diez annas el *Plagiario* Horacio, que usted tuvo la bondad de prestarme. Ditta Mull el prendero le tiene y puede recuperarse por una rupia... Son, sin embargo, mejores esas obras que las de usted!... En segundo lugar, el afecto constante de mi mujer, que es la mejor de las mujeres, y finalmente, el monumento más duradero que el bronce que he levantado en los siete años de mi degradación.

Al llegar aquí se detuvo, cruzó la estancia arrastrándose, y bebió agua: estaba muy lleno de grietas; muy malo.

Varias veces hizo referencia á su tesoro; una gran finca de que era dueño, pero siempre me imaginé que en esto no había más que delirios de la borrachera.

McYntosh era tan pobre como vanidoso. Sus modales no agradaban, pero conocía tanto á los indígenas, merced á los siete años

que había vivido entre ellos, que sólo por esto valía la pena de hacerse amigo suyo.

Cuando hablaba de Strickland se reía y le llamaba ignorante; «ignorante en el Oeste y en el Este», solía decir.

Sus vanidades se fundamentaban primero, en que era un miembro de la Universidad de Osford, de raras y brillantes cualidades, lo que podía ser verdad ó no, pues no tengo datos bastantes para negarlo ni para afirmarlo; y después en que, según su frase, «su mano estaba siempre tomando el pulso á la vida indígena»; hecho exactísimo.

Como hombre de la Universidad, me trataba lo mismo que si yo fuera un mozalbete, y estaba siempre trayendo su cultura á cuento; como... faquir mahometano, como McYntosh Jellaludin, era todo lo que yo necesitaba para mis fines.

Se fumó muchas libras de mi tabaco y me enseñó muchas cosas dignas de mención; pero jamás aceptó ninguna recompensa, ni siquiera cuando llegaron los fríos y su pecho, raquítico y hundido, temblaba bajo la delgada y vieja chaqueta de alpaca.

Si le ofrecía algo se irritaba mucho y decía

que estaba insultándole; añadiendo además, que no iba al hospital; que había vivido como una bestia y moriría como un hombre.

Murió de pneumonia, y la noche de su muerte, me escribió trabajosamente algunas líneas pidiéndome que fuera á ayudarle en sus últimos momentos.

La mujer indígena estaba llorando al lado de la cama; y el enfermo, arrebujado en una manta de algodón, se hallaba tan débil, que una nueva manta que se le echó encima le hizo daño. Su imaginación se mantenía viva y despierta y sus ojos centelleaban.

Después de injuriar al médico que había venido conmigo, hasta que resentido el pobre viejo tuvo que marcharse, me maldijo á mí durante unos minutos, y pasado este acceso se calmó.

Tranquilo ya, dijo á su mujer que le trajera inmediatamente su libro que estaba en un agujero de la pared, y la señora McYntosh, trajo un gran paquete envuelto en un pedazo de refajo y compuesto de hojas de papel de diversas clases, viejas, amarillas, numeradas y escritas con hermosa letra en renglones muy cerrados.

El enfermo pasó sus manos sobre el legajo, le agitó cariñosamente y suspiró:

—Esta es mi obra; este es el libro de McYntosh Jellaludin, en el que se encierra lo que él vió; cómo vivió y qué le aconteció á él y á otros, siendo además el relato de la vida, pecados y muerte de la *Madre Maturin*. Lo que el libro de Mirza Murad Ali Beg, hablando de la vida indígena, es con relación á todos los demás que tratan de igual asunto, será este mío respecto al de Mirza.

Esta declaración carecerá de base para cuantos conozcan el trabajo de Mirza, tanto más, cuanto que aquellos papeles no parecían de verdadero valor á pesar de que McYntosh me les entregó como si fueran billetes de banco, añadiendo lentamente:

—A pesar de las muchas deficiencias de cultura que hay en usted, usted ha sido bueno para mí y cuando me halle en presencia de los dioses hablaré del excelente tabaco que fuma. Le debo á usted mucho por sus bondades, pero como odio la posición de deudor, le lego un monumento más duradero que el bronce... *¡Mi libro!* Rudo é imperfecto en alguna de sus partes ¡ah! ¡pero cuán excepcional en otras!

Dudo que usted le entienda. Ese es un obsequio más digno que... ¡Bah! por donde empieza á vagar mi inteligencia...! Usted le mutilará horriblemente; le aporreará con esos adornos que ustedes los *filisteos* llaman citas latinas, y destrozará sanguinariamente su estilo, hasta acomodarle á la geringonza incohexa de ustedes, pero... á pesar de todo, no podrá destruirle completamente... Se le lego...

¡Ethel!... ¿Vuelve el delirio?

Señora McYntosh usted es testigo de que doy al *Sahib* todos estos papeles. ¡Ellos no te servirían de nada, corazón mío, y se les confío á él!

Volviéndose hacia mí añadió:

—Que no deje usted que mi libro muera como está. Es de usted incondicionalmente; es la historia de McYntosh Jellaludin, que *no* es la historia de éste sino la de un hombre y una mujer más grandes. Oigame usted: ni estoy loco ni borracho... ¡Ese libro le dará á usted fama!

—¡Gracias!—repliqué—á la vez que la india me entregaba el mamotreto.

—¡Mi único hijo!—dijo el enfermo sonriendo.

Sus fuerzas decaían rápidamente, pero siguió hablando mientras tuvo alientos.

Me esperé hasta el fin, sabiendo que de cada diez casos, en seis un hombre moribundo llama á su madre...

McYntosh se volvió del otro lado y dijo:

—Cuenta usted cómo ha llegado ese libro á su poder. Quizá nadie lo crea, pero, de todos modos, mi nombre vivirá. Ya sé que le va usted á tratar brutalmente... Le conozco á usted bien. Algo debe desaparecer... ¡El público es tonto é hipócrita! ¡En otro tiempo fui servidor suyo! Haga usted las correcciones con cuidado, con mucho cuidado. ¡Es una gran obra y por ella he dado siete años de infierno!

Su voz cesó por algunos segundos, y pasados éstos, comenzó á murmurar entre dientes una oración en griego. La india lloraba amargamente.

Por fin, McYntosh se puso de pie en la cama y dijo con voz alta y pausada:

—¡No soy culpable, Dios mío!

Pronunciadas estas palabras se desplomó en el lecho y quedó sumido en profunda insensibilidad hasta que murió.

Su mujer corrió al interior del *serai* y me-

tida entre los caballos, gritó furiosa é inconsolable, dándose golpes en el pecho: ¡la pobre le había amado!

Acaso la última exclamación de McYntosh, envolvió la noticia de quién era, pero, aparte el gran paquete de hojas viejas, envuelto en el pedazo de tela, nada había en la habitación que pudiera descubrir el secreto.

Los papeles estaban horriblemente sucios. Strickland me ayudó á ordenarles y dijo que el autor ó era el mayor embustero de la tierra ó el genio más asombroso. Él creía en lo primero.

Uno de estos días acaso puedan ustedes juzgar por sí mismos.

El tal mamotreto necesitaba que se le es-purgase mucho; estaba lleno de palabras griegas, faltas de sentido y puestas á la cabeza de los capítulos, que han sido borradas.

Si al fin se publica alguna vez, acaso no falte quien recuerde este cuento impreso ahora, como argumento para probar mañana que *La historia de la Madre Maturin* no es obra mía sino de McYntosh.

A cada cual lo suyo: no me gusta vestirme con plumas ajenas.



EL RESCATE DE PLUFFLES

Durante la temporada
ella y su prima lucharon,
y en la lucha desplegaron
una habilidad honrada.

¡Llenas de tacto y talento,
de ingenio y de bizarria,
fueron por su cortesía
en el combate un portento!

Mas la lucha entre mujeres
es, sobre todo, cruel:
los hombres damos cuartel:
de la mujer... ¡no lo esperes!

(*Dos y uno.*)

MRS. Hauksbee fué algunas veces buena para las de su sexo, como lo prueba esta historia, en la que podéis creer todo lo que se os antoje.

Pluffles era un subalterno implume de los *Innombrables*; demasiado implume hasta para subalterno; implume sobre toda ponderación; como un canario en cañones.

Y aún había algo peor que esto: tenía tres